

«San José, nuestro Padre y Señor»: una meditación de san Josemaría

El 19 de marzo de 1968 el fundador del Opus Dei predicó esta meditación en el oratorio de Pentecostés de Villa Tevere. José cargó a Jesús en brazos, lo besó, lo vistió. Una vida totalmente inadvertida, y sin embargo llena de grandeza. ¿Quién era realmente el esposo de María? Texto original recogido en 'En diálogo con el Señor'.

18/03/2026

Lee la meditación en más de 20 idiomas en escriva.org

Celebramos la fiesta de San José, Nuestro Padre y Señor, protector y patrono de la Iglesia universal y de esta familia de hijas e hijos de Dios que es el Opus Dei. A veces pienso que os habréis preguntado: ¿cómo es posible que la devoción a San José tenga en la Obra esta raíz, esta hondura, si es una devoción relativamente reciente, puesto que ha comenzado a florecer en Occidente hacia el siglo XVI? Os responderé entonces que el cariño, la piedad, la devoción a San José, es consecuencia de nuestra vida contemplativa. Porque todos en la

Obra estamos obligados a tratar mucho a Jesús y a la Virgen Santísima; y no se puede tratar íntimamente al Señor y a su Madre, a nuestra Madre bendita, si no estamos muy familiarizados con el Santo Patriarca, que era el jefe de la Familia de Nazaret.

De otra parte, hijos, la Iglesia nos lo ha propuesto, con razón, como Patrono de la vida interior. ¿Quién con más vida interior que José? ¿Qué criatura tuvo un trato más íntimo con Jesús y con María? ¿Quién más humilde que José, que pasa totalmente inadvertido?

Hace unos días, leyendo en la misa un pasaje del libro de los Reyes, me vino a la mente y al corazón el pensamiento de la sencillez que el Señor nos pide en esta vida, que es la misma que vivió José. Cuando Naamán, aquel general de Siria, va por fin a ver a Eliseo para ser curado

de su lepra, el profeta le pide una cosa sencilla: «Ve y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne recobrará la salud, y quedarás limpio»[1]. Aquel hombre arrogante piensa: ¿acaso los ríos de mi tierra no son de agua tan buena como los de esta tierra de Eliseo? ¿Para eso me he movido yo de Damasco? Esperaba algo llamativo, extraordinario. ¡Y no! Estás manchado; ve y lávate, le dice el profeta. No una vez sola, sino bastantes: siete. Yo pienso que es como una figura de los sacramentos.

Todo esto me recordó la vida sencilla, oculta, de José, que no hace más que cosas ordinarias. San José pasa totalmente inadvertido. La Sagrada Escritura apenas nos habla de él. Pero nos lo muestra realizando la labor de jefe de familia.

Por eso también, si San José es Patrono para nuestra vida interior, si es acicate para nuestro andar

contemplativo, si es su trato un bien para todos los hijos y las hijas de Dios en su Opus Dei; para los que en la Obra tienen función de gobierno, San José me parece un ejemplo excelente. No interviene sino cuando es necesario, y entonces lo hace con fortaleza y sin violencia. Este es José.

No os extrañe, pues, que la misa de su fiesta comience diciendo: «*Iustus ut palma florebit*» [El justo florecerá como la palma] [2]. Así ha florecido la santidad de José. «*Sicut cedrus Lybani multiplicabitur*» [Se multiplicará como el cedro del Líbano][3]. Pienso en vosotros. Cada uno en el Opus Dei es como un gran padre o madre de familia, y tiene la preocupación de tantas y tantas almas en el mundo. Cuando explico a las hijas o hijos míos jóvenes que, en la labor de San Rafael, deben tratar especialmente a tres o cuatro o cinco amigos; que de esos amigos quizá sólo hay dos que encajarán, pero que

después cada uno de ellos traerá tres o cuatro más, cogidos de cada dedo, ¿qué es esto sino florecer como el justo y multiplicarse como los cedros del Líbano?

«*Plantatus in domo Domini: in atriiis domus Dei nostri*»[Plantado en la casa del Señor: en los atrios de la casa de nuestro Dios][4]. Como José, todos los hijos míos están seguros, con el alma dentro de la casa del Señor. Y esto viviendo en medio de la calle, en medio de los afanes del mundo, sintiendo las preocupaciones de sus colegas, de los demás ciudadanos, nuestros iguales.

No es de extrañar que la liturgia de la Iglesia aplique al Santo Patriarca estas palabras del libro de la Sabiduría: «*Dilectus Deo et hominibus, cuius memoria in benedictione est*»[Amado de Dios y de los hombres, cuya memoria es una bendición][5]. Nos dice que es amado

del Señor, y nos lo pone como modelo. Y nos invita también a que los buenos hijos de Dios –aunque seamos unos pobres hombres, como lo soy yo– bendigamos a este hombre santo, maravilloso, joven, que es el Esposo de María. Me lo han esculpido viejo, en un relieve del oratorio del Padre. ¡Y no! Lo he hecho pintar, joven, como me lo imagino yo, en otros lugares; quizá con algunos años más que la Virgen, pero joven, fuerte, en la plenitud de la edad. En esa forma clásica de representar a San José anciano, late el pensamiento –demasiado humano– de que una persona joven no tiene facilidad para vivir la virtud de la pureza. No es cierto. El pueblo cristiano le llama Patriarca, pero yo lo veo así: joven de corazón y de cuerpo, y anciano en las virtudes; y, por eso, joven también en el alma.

«Glorificavit illum in conspectu regum, et iussit illi coram populo suo,

et ostendit illi gloriam suam»[Lo glorificó ante los reyes, le dio mandato ante su pueblo, y le mostró su gloria][6]. No lo olvidemos: el Señor quiere glorificarle. Y nosotros lo hemos metido en la entraña de nuestro hogar haciéndole también Patriarca de nuestra casa. Por eso la fiesta más solemne e íntima de nuestra familia, aquella en la que nos reunimos todos los socios de la Obra pidiendo a Jesús, Salvador nuestro, que envíe obreros a su mies, está especialmente dedicada al Esposo de María. Entonces es también mediador; entonces es el amo de la casa; entonces descansamos en su prudencia, en su pureza, en su cariño, en su poder. ¿Cómo no va a ser poderoso, Nuestro Padre y Señor San José?

¡Cuántas veces me he removido leyendo esa oración que la Iglesia propone a los sacerdotes para recitar antes de la misa!: «*O felicem virum,*

beatum Ioseph, cui datum est, Deum, quem multi reges voluerunt videre et non viderunt, audire et non audierunt...». ¿No habéis tenido como envidia de los Apóstoles y de los discípulos, que trataron a Jesucristo tan de cerca? Y después, ¿no habéis tenido como vergüenza, porque quizá –y sin quizá: yo estoy seguro, dada mi debilidad– hubierais sido de los que se escapaban, de los que huían bellacamente y no se quedaban junto a Jesús en la Cruz?

«...quem multi reges voluerunt videre et non viderunt, audire et non audierunt; non solum videre et audire, sed portare, deosculari, vestire et custodire!» [...a quien muchos reyes quisieron ver y no vieron, oír y no oyeron; y no solo ver y oír, sino llevar en brazos, besar, vestir y custodiar]. No os lo puedo ocultar. Algunas veces, cuando estoy solo y siento mis miserias, cojo en mis brazos una imagen de Jesús Niño, y

lo beso y le bailo... No me da vergüenza decíroslo. Si tuviésemos a Jesús en nuestros brazos, ¿qué haríamos? ¿Habéis tenido hermanos pequeños, bastante más pequeños que vosotros? Yo, sí. Y lo he cogido en mis brazos, y lo he mecido. ¿Qué hubiera hecho con Jesús?

«*Ora pro nobis, beate Ioseph*»[7]. ¡Claro que hemos de decir así!: «*Ut digni efficiamur promissionibus Christi*». San José, ¡enséñanos a amar a tu Hijo, nuestro Redentor, el Dios Hombre! ¡Ruega por nosotros, San José!

Y seguimos considerando, hijos míos, esta oración que la Iglesia propone a los sacerdotes antes de celebrar el Santo Sacrificio.

«*Deus, qui dedisti nobis regale sacerdotium...*»[8]. Para todos los cristianos el sacerdocio es real, especialmente para los que Dios ha llamado a su Obra: todos tenemos

alma sacerdotal. *«Præsta, quæsumus; ut, sicut beatus Ioseph unigenitum Filium tuum, natum ex Maria Virgine...»* [Te pedimos que, así como san José fue digno de tratar con sus manos a tu Hijo Unigénito, nacido de María Virgen...]. ¿Habéis visto qué hombre de fe? ¿Habéis visto cómo admiraba a su Esposa, cómo la cree incapaz de mancilla, y cómo recibe las inspiraciones de Dios, la claridad divina, en aquella oscuridad tremenda para un hombre integérrimo? ¡Cómo obedece! «Toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto»[9], le ordena el mensajero divino. Y lo hace. ¡Cree en la obra del Espíritu Santo! Cree en aquel Jesús, que es el Redentor prometido por los Profetas, al que han esperado por generaciones y generaciones todos los que pertenecían al Pueblo de Dios: los Patriarcas, los Reyes...

«...ut, sicut beatus Ioseph unigenitum Filium tuum, natum ex Maria Virgine,

suis manibus reverenter tractare meruit et portare...». Nosotros, hijos míos –todos, seculares y sacerdotes–, llevamos a Dios –a Jesús– dentro del alma, en el centro de nuestra vida entera, con el Padre y con el Espíritu Santo, dando valor sobrenatural a todas nuestras acciones. Le tocamos con las manos, ¡tantas veces!

«...*suis manibus reverenter tractare meruit et portare...*». Nosotros no lo merecemos. Sólo por su misericordia, sólo por su bondad, sólo por su amor infinito le llevamos con nosotros y somos portadores de Cristo.

«...*ita nos facias cum cordis munditia...*»[10]. Así, así quiere Él que seamos: limpios de corazón. «*Et operis innocentia* –la inocencia de las obras es la rectitud de intención– *tuis sanctis altaribus deservire*». Servirle no sólo en el altar, sino en el mundo entero, que es altar para nosotros. Todas las obras de los hombres se

hacen como en un altar, y cada uno de vosotros, en esa unión de almas contemplativas que es vuestra jornada, dice de algún modo su misa, que dura veinticuatro horas, en espera de la misa siguiente, que durará otras veinticuatro horas, y así hasta el fin de nuestra vida.

«...*Ut sacrosantum Filii tui corpus et sanguinem hodie digne sumamus, et in futuro sæculo præmium habere mereamur æternum*»[11]. Hijos míos: enseñanzas de padre, las de José; enseñanzas de maravilla. Acaso exclamaréis, como digo yo con mi triste experiencia: no puedo nada, no tengo nada, no soy nada. Pero soy hijo de Dios y el Señor nos anuncia, por el salmista, que nos llena de bendiciones amorosas: «*Prævenisti eum in benedictionibus dulcedinis*»[12], que de antemano nos prepara el camino nuestro –el camino general de la Obra y, dentro de él, el sendero propio de cada uno–,

afianzándonos en la vía de Jesús, y de María, y de José.

Si sois fieles, hijos, podrán decir de vosotros lo que de San José, el Patriarca Santo, afirma la liturgia: «*Posuisti in capite eius coronam de lapide pretioso*»[13]. ¡Qué tristeza me produce ver las imágenes de los Santos sin aureola! Me regalaron –y me conmoví– dos pequeñas imágenes de mi amiga Santa Catalina, la de la lengua suelta, la de la ciencia de Dios, la de la sinceridad. Y enseguida he dicho que les pongan aureola; una corona que no será de lapide pretioso, pero que tendrá buena apariencia de oro. Apariencia sólo, como los hombres.

Mirad: ¿qué hace José, con María y con Jesús, para seguir el mandato del Padre, la moción del Espíritu Santo? Entregarle su ser entero, poner a su servicio su vida de trabajador. José, que es una criatura, alimenta al

Creador; él, que es un pobre artesano, santifica su trabajo profesional, cosa de la que se habían olvidado por siglos los cristianos, y que el Opus Dei ha venido a recordar. Le da su vida, le entrega el amor de su corazón y la ternura de sus cuidados, le presta la fortaleza de sus brazos, le da... todo lo que es y puede: el trabajo profesional ordinario, propio de su condición.

«*Beatus vir qui timet Dominum*»[14]. Bienaventurado el hombre que teme al Señor, bienaventurada la criatura que ama al Señor y evita darle un disgusto. Este es el temor Domini, el único temor que yo comprendo y siento. «*Beatus vir qui timet Dominum; in mandatis eius cupit nimis*»[15]. Bienaventurada el alma que tiene ambición, deseos de cumplir los mandatos divinos. Esta inquietud persiste siempre. Si alguna vez viene un titubeo, porque el entendimiento no ve con claridad, o

porque las pasiones nuestras se alzan como víboras, es el momento de decir: ¡Dios mío, yo deseo servirte, quiero servirte, tengo hambre de amarte con toda la pureza de mi corazón!

Entonces, ¿qué nos faltará? ¡Nada! «*Gloria et divitiæ erunt in domo eius*»[16]. No buscamos gloria terrena: será la gloria del Cielo. Todos los medios –que eso son las riquezas de la tierra– deben servirnos para hacernos santos, y para santificar el trabajo, y para santificar a los demás con el trabajo. Y en nuestro corazón habrá siempre una gran serenidad. «*Et iustitia eius*», la justicia de Dios, la lógica de Dios, «*manet in sæculum sæculi*»[17], permanecerá por los siglos de los siglos, si no la echamos fuera de nuestra vida, por el pecado. Esa justicia de Dios, esa santidad que Él ha puesto en nuestra alma, exige – siempre con alegría y con paz– una

lucha interior personal que no es de ruido, de alboroto: es algo más intenso, como muy nuestro, que no se pierde a no ser que nos rompamos, a no ser que lo quebrems como si fuera un cántaro de barro. Para arreglarlo están las Normas, está la confesión y la conversación fraterna con el Director. ¡Y de nuevo la paz, la alegría! ¡Y otra vez a sentir más deseos de cumplir los mandamientos del Señor, más ambición buena de servir a Dios y, por Él, a las criaturas todas!

«Cum esset desponsata Mater Iesu Maria Ioseph...: estando desposada su Madre María con José, sin que antes hubieran estado juntos, se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo»[18]. Es como la piedra de toque de la santidad admirable de este varón perfecto que es José. *«Ioseph autem, vir eius, cum esset iustus et nollet eam*

traducere...»[19]; pero José, su esposo, siendo, como era, justo, y no queriendo infamarla... No, no podía en conciencia. Sufre. Sabe que su esposa es inmaculada, que es un alma sin mancha, y no comprende el prodigio que se ha obrado en ella. Por eso, «*voluit occulte dimittere eam, deliberó dejarla secretamente*»[20]. Tiene una vacilación, no sabe qué hacer, pero lo resuelve de la manera más limpia.

«*Hæc autem eo cogitante...*». Mientras pensaba estas cosas, le llega la luz de Dios. ¡El Señor no nos faltará nunca, hijos, tened confianza! «*Ecce, Angelus Domini apparuit in somnis...* Estando él en este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo»[21]. Es el primer hombre que recibe esta

declaración divina de la realidad de la Redención, que se estaba ya realizando. «*Pariet autem filium, et vocabis nomen eius Iesum...* De modo que dará luz a un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, pues Él es el que ha de salvar a su pueblo de sus pecados»[22]. Y José se queda tranquilo, sereno, lleno de paz.

Hijos míos: ¿no merece este hombre todo el amor, todo el agradecimiento nuestro? ¿No es un ejemplo de fe y de fortaleza? ¿No es un modelo de limpieza de alma y de cuerpo? ¿No es nuestro Padre y Señor? Padre y Señor lo he llamado yo, desde hace tantos años, y así le llamáis vosotros en el mundo entero.

Mirad. A mí, y pienso que a vosotros también, me da mucho consuelo esta otra oración que nos propone la Iglesia Santa para recitarla después de la misa: *virginum custos et pater...* ¿Por qué no lo entienden esos

desgraciados, que no quieren mirar con ojos limpios la castidad ni el amor santo de nuestros padres; esas personas a quienes no cabe en la cabeza que una criatura débil pueda guardar su ser entero –cuerpo y alma– para Dios? Si somos débiles, Dios pondrá su fuerza. Yo soy muy débil, pero el Señor me dará toda su fortaleza.

«Virginum custos et pater, sancte Ioseph, cuius fidei custodiæ ipsa Innocentia Christus Iesus et Virgo virginum Maria commissa fuit...».

Bienaventurado José, custodio y padre de las vírgenes, a cuyo cuidado fidelísimo fue entregada la Inocencia misma, Jesucristo, y la Virgen de las vírgenes, María. ¿Puede haber un sacerdote, un alma verdaderamente cristiana, que lea esto y no se remueva? Todos los hijos míos, que tienen alma sacerdotal, se encenderán en devoción, en

confianza, en aclamación, en cariño a José, Nuestro Padre y Señor.

«Te per hoc utrumque carissimum pignus Iesum et Mariam obsecro et obtestor, ut me, ab omni immunditia præservatum, mente incontaminata, puro corde et casto corpore Iesu et Mariæ semper facias castissime famulari». Te suplicamos, por Jesús y por María, a quienes recibiste en prenda, que nos preserves de toda inmundicia y que –con espíritu limpio, corazón puro y cuerpo casto– nos hagas servir siempre a Jesús y a María.

Hijos míos: hemos considerado juntos cómo es un milagro grande que en la Obra, desde el principio, se haya vivido esta vinculación al Santo Patriarca. Él es nuestro Patrono principal, y es también el jefe de nuestra familia: porque le pedimos que envíe más hijos a la Obra, porque en este día nos ligamos con

lazos de amor y acostumbramos a renovar nuestra entrega, poniendo en manos de José y de María nuestra vinculación al Opus Dei.

[1] 2 R 5,10.

[2] Ant. ad Intr. (Sal 92[91],13).

[3] Ibid.

[4] Ant. ad Intr. (Sal 92[91],14).

[5] Ep. (Si 45,1).

[6] Ep. (Si 45,3).

[7] «Ora pro nobis ... promissionibus Christi»: «Ruega por nosotros, bienaventurado José, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo».

[8] «Deus, qui dedisti nobis regale sacerdotium...»: «Oh Dios, que nos

concediste el sacerdocio real; te pedimos que, así como san José fue digno de tocar con sus manos santísimas a tu Unigénito, concebido por obra del Espíritu Santo, así nosotros merezcamos con pureza de corazón y buenas obras servirte y portarte».

[9] Mt 2,13.

[10] «ita nos facias cum cordis munditia... deservire»: «hagas que nosotros te sirvamos [en tus santos altares] con corazón limpio y buenas obras».

[11] «Ut sacrosantum Filii tui corpus et sanguinem hodie digne sumamus, et in futuro sæculum sæculi cum ipso regnare mereamur in æternum»: «de modo que hoy recibamos dignamente el sacrosanto cuerpo y sangre de tu Hijo, y en el futuro merezcamos reinar eternamente con él».

[12] Grad. (Sal 21[20],4).

[13] Ibid. «Prevenisti eum ... lapide pretioso»: «le previniste Señor, con bendiciones de dulzura, pusiste sobre su cabeza una corona de piedra preciosa».

[14] Tract. (Sal 112[111],1).

[15] Ibid.

[16] Tract. (Sal 112[111],3). «Gloria et divitiæ ... sæculum sæculi»: «Gloria y riquezas llenan su casa; y su justicia dura eternamente».

[17] Ibid.

[18] Ev. (Mt 1,18).

[19] Ev (Mt 1,19).

[20] Ibid.

[21] Ev. (Mt 1,20).

[22] Ev (Mt 1,21).

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
opusdei.org/es-ar/article/san-jose-
nuestro-padre-y-senor-meditacion-
josemaria-en-dialogo-con-el-senor/](https://opusdei.org/es-ar/article/san-jose-nuestro-padre-y-senor-meditacion-josemaria-en-dialogo-con-el-senor/)
(28/03/2026)